Noveno Domingo

Re 8,41-43; Sal 116,1. 2; Gál 1,1-2.6-10; Lc 7,1-10

La salvación de Cristo no es sólo para los judíos, sino que está abierta a todos. Al narrarnos el episodio del centurión romano, san Lucas está adelantando en cierto sentido lo que contará en el libro de los Hechos: la apertura de la Iglesia a los paganos.

Si al nacer Jesús en Belén ya pone en boca de lo ángeles el canto de la "paz a los hombres que ama el Señor" (2,14), y el anciano Simeón llama a Jesús "luz para iluminar a las naciones" (2,32), luego, a lo largo del evangelio, Lucas subraya aquellos rasgos que presentan la universalidad de la salvación: la atención de Jesús por los más marginados, o la alabanza al leproso samaritano que sí supo agradecer su curación; y después en los Hechos, la admisión de la familia de Cornelio, otro romano, a la fe y al bautismo: el largo relato termina con estas palabras: "también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida" (Hch. 11,18).

Jesús cura aquí al criado del centurión romano. Por más apreciado que fuera por los israelitas ("tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga"), no deja de ser un extranjero, perteneciente además a las "fuerzas ocupadoras" romanas. Sin embargo, Jesús escucha su petición y alaba su fe. Por tanto, Israel no tiene el monopolio del favor de Dios.

Las lecturas nos hacen la invitación a alegrarnos de que la salvación que Dios nos ofrece por medio de Cristo sea tan universal. No sólo a nosotros -por ejemplo, los católicos- nos concede Dios su gracia. No tenemos la exclusiva de la verdad, de la honradez y del amor. Dios es un Dios abierto, universal. Y Cristo se ha entregado por todos.

Cristo alabó las cualidades del centurión, a pesar de que era un extranjero. San Lucas lo describe con valores admirables: su humildad, su delicadeza en la petición, su interés por la salud del criado, su actitud de ayuda a los judíos, su fe en la palabra de Jesús. Muchas veces los "otros" nos pueden dar lecciones: saben acoger mejor que nosotros el don de Dios. No tendrían que decidir nuestra conducta las diferencias ideológicas, políticas, religiosas, o la situación social, o la cultura: si Dios escucha también a los "extranjeros", ¿quiénes somos nosotros para cerrarnos a ellos?

A esta misma actitud de apertura nos invita cada Eucaristía:

a) en la misma composición de la asamblea, heterogénea, pero fraternal;

b) en la intercesión universal que elevamos a Dios en la oración de los fieles, por todo el mundo;

c) en el gesto simbólico de paz que damos a los vecinos antes de comulgar.

Hoy podemos enlazar la escena evangélica con la invitación a la comunión: precisamente imitamos los sentimientos de humildad y de confianza en Jesús que mostró el centurión, cuando repetimos sus palabras: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra...”.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)